

## El Familiar

No sé cuándo supe del “Familiar”. Siempre se habló de eso en mi casa, después lo escuché de toda la gente del pueblo. Desde luego vivíamos en un ingenio azucarero rodeado de cañaverales, era lógico que así fuese, se trataba del personaje regional más temido e importante (...)

A nosotros mi mamá nos asustaba con El Familiar en la rueda de fogones. En Santa Lucía todas las casas tenían fogón a leña en sus cocinas que generalmente estaban en el fondo. No existía el gas natural ni las garrafas, cuando mucho se usaban braseros con carbón, eso ya era un gran adelanto. El fogón aparte de ser fuente de calor para todas las necesidades domésticas servía para la reunión después de la cena la que corrientemente se realizaba alrededor de él. Nos sentábamos en blancos petisos, en algún tronco de los usados para tizón o en algún cajón en los que se guardaban las papas y las cebollas. Cada cual tenía su asiento y no se debía usar el ajeno si no había disputa. En el centro estaba el fuego y colgada, del gancho, la olla del guiso.

En esas reuniones diarias y nocturnas dábamos rienda suelta a todas nuestras conversaciones, se contaban las novedades, noticias, chimentos, reprimendas; se contaban cuentos o relatos que podían ser picarescos o graciosos como los de “Pedro Ordimán” un personaje joven, pero no tanto, que era de otro lugar y siempre llegaba a algún lado, engañando, estafando, haciendo enredos y principalmente seduciendo mujeres. Jugábamos al *quillito* con una larga varilla encendida que se pasaba de uno a otro, donde se apagaba, ese perdía.

Otros relatos terminaban siendo tan tenebrosos que sin darnos cuenta nos acercábamos unos a otros y terminábamos arrinconados, hasta agarrados de la mano...de mi mamá. No había ningún valiente, ni el más pintado, que se atreviera a ir solo al dormitorio, aunque se muriese de sueño.

Una especie de advertencia era la leyenda del “Familiar”, una narración que remarcaba el poderío que tenía como demonio que era. Siempre nos atemorizaba porque el “Familiar” era el diablo con quien se podía acordar la obtención de favores, bienes o dones a cambio de la entrega del Alma: mujeres, dinero, larga vida, tierras, superar al enemigo, en fin, quizás más cosas. También era el amonestador, el corregidor, en suma, el castigador. Se le aparecía a la persona que lo reclamaba o que se portaba mal, niño o adulto o a los incautos que osaban andar de noche por los cañaverales, donde él vivía. Porque eso es importante de saber: el “Familiar” es un fantasma exclusivo de los cañaverales aunque algunas noches hacía también un recorrido por el ingenio.

¿Cómo era el “Familiar”? La versión más generalizada es la de un perro-lobo, negro, todo brillante, que arrastraba cadenas, con ojos resplandecientes que despedían rayos luminosos blancos o amarillos o eran rojos como yo los vi cuando se me apareció.

Una tarde, a la oración, es decir a la hora del crepúsculo, nos vamos con la Irma Luna hacia el fondo de los cañaverales, atrás del sindicato. Teníamos como siete u ocho años y siempre íbamos, solas o con los otros chicos, a buscar cañas violetas que no estaban a las orillas, sino bien adentro. De paso, entre surco y surco veíamos si no había nidos de gallinas, pues a mi mamá se le había perdido “la colorada” y ella decía que capaz estaba empollando por ahí, ya que una vez le pasó lo mismo con otra que después de un tiempo apareció con los pollitos.

Charlábamos de lo que haríamos a la noche, que íbamos a ir al parque de don Navarro, que estaba en el pueblo. Ella me decía que volvamos que estaba oscureciendo que podía salir el “Familiar”.

Y fue en ese momento. Yo, que iba adelante, me detuve, escuché ruidos y ¡apareció de golpe! Parado en dos patas, inmenso, peludo, de color gris negro, con cara alargada, rabioso, mostraba sus garras y fauces prontas a engullirnos. Me quedé dura, la Irma, que se acercaba me preguntó qué me pasaba, fue un segundo y grité **¡El Familiar!** Fue suficiente, se dio vuelta, yo también y empezamos a correr buscando la orilla del cañaveral, como a medio kilómetro. Disparábamos mudas, ni respirábamos, no se nos veían las “patitas”, llegamos al sindicato acezando, sentíamos los golpes del corazón en el pecho. ¡Lo vimos!

“El Familiar” se le aparecía a aquel que él buscaba por sus malas acciones o a quien encontraba en sus dominios: los cañaverales. ¿Por qué “El Familiar” vivía en los cañaverales? Porque es el ámbito ideal; las cañas de azúcar miden desde muy pequeñas de un metro a dos y tres metros de altura cuando son adultas y están puestas en surcos infinitamente paralelos y entre éstos se forman túneles naturales por el entretejido que hacen las numerosas hojas que se juntan en la parte superior. Una persona, animal o monstruo podrían estar mucho tiempo y serían inhallables e indetectables. Pero pueden salir de repente con solo salir a la orilla.

Siendo niños escuchábamos de muchos casos donde personas habían desaparecido en manos de “El Familiar” o que habían perdido un brazo o una pierna escapando de sus grandes y afiladas uñas. Se decía que el “Familiar” era amigo de los capataces y que éstos lo dejaban en los cañaverales para que nadie se atreviera a robar cañas. En algunas novelas de radioteatros se contaban casos que en ingenios de Salta y Jujuy, los dueños, entregaban al “Familiar” a los que se revelaban a los sistemas laborales o a los que no querían trabajar. Que de esa manera lo alimentaban, estaba satisfecho y los ayudaba a que las zafras anduvieran bien, a que esos ingenios fueran prósperos. Se decía que el ingenio Santa Ana era del “Familiar” y que empezó a tener problemas cuando dejaron de darle obreros para que coma.

Cuando fuimos más grandes ya en los ‘60, noté cambios con respecto a esta leyenda. Todos decían conocerla, creer en la existencia de este demonio y en su poder; pero mucha más gente ya decía que era un fantasma para asustar niños e ignorantes, que nunca vivió, que no fue real. También descubrí que muchos negaban saber sobre el “Familiar”, que alguna vez creyeron en él, que le tuvieron miedo, simplemente para que no los tildaran de tontos.

Extracto tomado del libro *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero* (2008) de Lucía Mercado

**Lucía Mercado** es una escritora tucumana que nació en 1945 en Santa Lucía. En 1967 se graduó de Bioquímica en la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Con el cierre de los ingenios se mudó a Buenos Aires donde se especializó en Electrodeposición de Metales Nobles.

Escribió numerosos libros en los cuales se destacan la memoria y la historia de Tucumán como temáticas centrales. Entre ellos podemos mencionar *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*, editado por primera vez en 1997. En este libro la autora vuelve a Santa Lucía para narrar su historia a través de relatos que combinan lo autobiográfico e histórico con lo ficcional.

